

## EL PANTEÍSMO EN LA OBRA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por

MARÍA JOSÉ NAVARRO y GLORIA CANDELA

I.B. «E. Primo», Carlet (Valencia); I.B. «Orriols», Valencia

Al examinar la obra poética de Miguel Hernández, una de las características que salta a la vista es su profunda conexión con la naturaleza.

Esta naturaleza es contemplada y, sobre todo, sentida, percibida, como un gran movimiento cíclico, generador de vida, capaz de recoger y amalgamar todo cuanto se mueve o alienta.

La idea spinoziana (expresada en la *Ética* y, sobre todo, en *Tractatus*) de que todo ser se mueve según la dinámica propia de su naturaleza, dentro de una finalidad armónica global, es lo que podríamos llamar el principio del pensamiento panteísta. En éste, tanto materia como espíritu son atributos divinos y, por lo tanto, iguales en rango, y presentes en el ser divino<sup>1</sup>.

Dios, es, por tanto, tan material como espiritual. Todo está en Él de manera necesaria, y ello se manifiesta en dos facetas diferentes y a la vez complementarias: el principio de la Vida y el Dinamismo. El primero, referido a la naturaleza (*Natura naturans*), acerca al conocimiento de la materia como manifestación concreta de la divinidad en el mundo, mientras que el segundo se refiere a la fuerza interna que mantiene la cohesión entre todo lo creado (*Natura naturata*).

Esta unión entre la vida de la naturaleza, y el dinamismo interno cuyas leyes aseguran el perpetuo movimiento del mundo se unen en el hombre, al que Spinoza define como mezcla de pasiones y fuerzas. En aquél, pues, se une lo vital con el conocimiento, y ello genera una consciencia que arranca de la participación en la vida del mundo, pero que genera un movimiento de cohesión, gracias a la expresión explícita del mismo, por las obras o por el lenguaje.

La naturaleza, así, parece que tome una fuerza especial, un poder sobre los elementos singulares que la componen; para los seres humanos y, sobre todo, para aquel que así lo percibe, adquiere la categoría de lo sagrado: todo es Dios, o está en Dios, de manera necesaria.

De ese modo, puede hablarse de un sentimiento panteísta, desde el cual el hombre percibe las manifestaciones de la naturaleza como de algo que le es propio, y a través de ese sentimiento conforma su propia visión del mundo y de sus valores.

En la poesía de Miguel Hernández creemos que se da un sentimiento panteísta, y que el poeta incorpora su propia experiencia de la fuerza dinámica y de la vida de la naturaleza a cuanto siente en sí mismo, y en lo que vierte en sus poemas.

Pero este sentimiento panteísta tiene por otra parte un desarrollo cualitativo, que está fuertemente conectado con el propio proceso interior del poeta. Este proceso parte, también, de la percepción que se daba en Miguel Hernández de la realidad fenoménica de la energía en movimiento.

Y ello le pondría en contacto con otra corriente, la positivista de Spencer, que habla de la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía<sup>2</sup>. En efecto, las teorías socio-culturales de Spencer proceden de concebir la vida de los individuos en sociedad como la de un organismo viviente, sometido a los mismos mecanismos que cualquier ser vivo. De esa manera, toda la materia, por mor de su dinamismo interno, estaría bajo la ley de la evolución, por la que cualquier organismo puede sufrir desarrollo o cambio, para aparecer bajo otra forma en el conjunto de la materia que forma el mundo, visible o invisible.

Nosotras hemos rastreado en la poesía de Miguel Hernández, siguiendo huellas abiertas por otros estudiosos, un sentimiento panteísta, que estaría traspasado por una conciencia de totalidad del mundo, de equilibrios de fuerzas, de dinamismo interior, de vida que se mueve, se transforma, sale al encuentro en manifestaciones variadas.

Si recorremos sobre todo sus poemas, leyéndolos desde una apreciación de su vida y de la conexión de ésta con el ciclo vital de la naturaleza, podemos encontrar un movimiento de gradación, que pasa por un sentimiento inicial de lo sagrado, lo pan-sagrado, y que atraviesa etapas diferentes de consciencia, hasta llegar al fondo de un conocimiento total.

Partimos, ya, de estudios que, en un tiempo de lecturas más ingenuas y reposadas, nos hicieron tomar conciencia de esta faceta de la poesía hernandiana. El de Marie Chevallier<sup>3</sup>, que estudiara la vuelta a la tierra, y lo que ella llamó «la agricultura de la muerte». En Agustín Vidal, la poesía de Hernández se manifiesta como un hermanamiento entre el hombre y la tierra, a través de la palabra, la sangre o el vientre de la mujer, simbolizando la realización de la unidad de lo sagrado<sup>4</sup>. Y otros estudios, como los de Cano Ballesta o J. Riquelme, que han profundizado en esta dimensión de la obra hernandiana, por citar sólo unas guías de lectura, dada la obligada brevedad de este trabajo<sup>5</sup>.

Repasaremos, así, la obra poética de Hernández, buscando a la vez un hilo conductor, y un proceso de profundización. A través de sus versos, la tierra aparece como un lugar entero y complejo, en donde la naturaleza recupera, por medio de sus ciclos, la muerte, y la reconvierte en vida. Los mitos de primavera-resurrección, las hierofanías telúricas, como son estudiadas y expuestas por Mircea Eliade<sup>6</sup> serán la revelación del íntimo sentimiento de lo sagrado que envolviera la poesía de Hernández.

Entremos, pues, en una lectura ya directa.

A) Las primeras manifestaciones poéticas están dedicadas a la tierra, a mostrar plásticamente formas, colores, luz, sombras. El entorno se ve contenido en formas poéticas también elementales, alegres.

«¡Marzo! ¡Viene marzo pródigo y amigo  
reanimando vidas y sembrando flores!  
¡Marzo, te saludo! ¡Marzo, te bendigo...!  
¡Tú has hecho que en mi alma broten los amores!».

(«¡Marzo viene...!»)<sup>7</sup>.

Tengamos en cuenta que, según Mircea Eliade, la primavera es una resurrección de la vida universal y, por tanto, de la vida humana. No olvidemos que para muchos pueblos del antiguo oriente el año empezaba el 1 de marzo<sup>8</sup>.

B) En *Perito en lunas* hay una mayor necesidad de formas poéticas sofisticadas, para expresar ya, simbólicamente, la percepción que tiene Miguel Hernández del fluido

vital que atraviesa toda la naturaleza, que se transforma en fuerzas misteriosas. La tierra, la luna, la sangre, la vida, son un todo, una amalgama de fuerza, que, aunque percibido de un modo oscuro, intenta expresar un contenido de unión elemental del hombre con su entorno (cósmico).

«Esta blanca y cornuda soñolencia  
con la cabeza de otra en lo postrero,  
dócil, más que a la honda, a la paciencia,  
tornaluna de música y sendero...» (págs. 56-7).

«Pareja, para instar serpientes, luna,  
al fin, tal vez la Virgen tiene una» (pág. 58).

La perioricidad de la luna, su ritmo, está relacionada con el ciclo fecundo de la mujer, atributo regenerador que aquella –la luna– conserva siempre. Esta cualidad también la encontramos entre los múltiples significados de la serpiente. Sin dejar de lado las resonancias bíblicas de las imágenes polivalentes de «Virgen», «serpientes», «dócil», etc.

C) Entre este libro y el siguiente, *El rayo que no cesa*, hay un tiempo intermedio en el que los poemas de Hernández evidencian un momento especial de su vida.

Dos fuerzas fundamentales le atraviesan: el amor –que siente como necesidad y búsqueda de unidad íntima– y la religión, sentimiento de búsqueda de lo sagrado a través de gestos y ritos concretos. El contacto con Sijé y otros amigos le lleva hacia la religión católica, y el poeta canaliza en ella su necesidad de religarse con lo sagrado.

Pero las formas de su poesía evidencian lo forzado de las soluciones que adopta para una búsqueda de lo inenunciable. En lo amoroso, o en lo religioso, los corsés acaban por volverse insostenibles, y las formas poéticas se resienten. Veamos, por ejemplo, de «Cántico-corporal» («Yo. En busca de mi alma»):

«Tengo en estos rosales la presencia  
y esencia de tu beso,  
en tanto grado puro, en ¡tanto! ileso» (págs. 149-150).

Y de «Primera lamentación de la carne»:

«Oh Muerte, oh inmortal almendro cano:  
mondo, pero florido,  
sálvame de mi cuerpo y sus pecados,  
mi tormento y mi alivio» (pág. 154).

Ahora, junto a todo esto, comienza a mezclarse el amor. Veámoslo, por ejemplo, en su composición «A mi gran Josefina querida»:

«Aunque bajo la tierra,  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme paloma,  
que yo te escribiré.

Cuando me falte sangre  
con zumo de clavel,  
y encima de mis huesos  
de amor cuando papel» (pág. 177).

D) Al acabar los poemas que componen *El rayo que no cesa*, Miguel ha descubierto algo importante: las formas impuestas para su deseo de religarse con lo sagrado no le llenan. Y, así, debe seguir buscando formas y palabras. Dice «no» a las exigencias del catolicismo, que entorpecen su búsqueda personal de Dios, y su deseo de saciar el amor.

Este momento crucial en la evolución del sentimiento panteísta hernandiano, ya desvinculado de lo religioso, tiene su plasmación en la «Elegía»:

«Volverás a mi huerto y a mi higuera:  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera.  
(...)»

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero» (pág. 253).

El punto de reencuentro ya no será la eternidad de Sijé, sino la tierra de Miguel. El estadio religioso queda superado.

De esa manera, recupera poco a poco su conexión con la naturaleza en sus manifestaciones más inmediatas. El erotismo es, ahora, impulso vital hacia la mujer y hacia la tierra. Ambas están conectadas en el misterioso ciclo vital.

*El rayo que no cesa*

«11»

«Te me mueres de casta y de sencilla:  
estoy convicto, amor, estoy confeso  
de que, raptor intrépido de un beso,  
yo te libé la flor de la mejilla» (pág. 241).

«15»

«Me llamo barro aunque Miguel me llamo.  
Barro es mi profesión y mi destino  
que mancha con su lengua cuanto lame» (pág. 243).

«20»

Un enterrado vivo por el llanto  
una revolución dentro de un hueso,  
un rayo soy sujeto a una redoma» (pág. 247).

«23»

«Como el toro he nacido para el luto  
(...)»  
como el toro te sigo y te persigo,  
y dejas mi deseo en una espada,  
como el toro burlado, como el toro» (págs. 248-9).

Los poemas, en su misma forma, dejan ver algo importante: su modo de «no estar acabados», de no ser perfectos, redondos, clásicos, hacen pensar en un deseo no satisfecho de «otra» perfección. Y, naturalmente, eso es el resultado directo de una experiencia que los versos explicitan: hay en Miguel Hernández imposibilidad de encontrarse con la tierra como antes. Hay, también, imposibilidad de conseguir consumir el amor. Su propio proceso personal se resiente, y el sentimiento de querer llegar a lo sagrado es más deseo insatisfecho («que no cesa») que llegada.

E) Entre *El rayo que no cesa* y el siguiente libro, *Viento del pueblo*, podemos rastrear los contactos de Miguel Hernández con la poesía surrealista, especialmente en sus reiteradas imágenes de la muerte. Veamos algunas en «Vecino de la muerte»:

«¿No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol?  
(...)»

Mi cuerpo pide al hoyo que promete la tierra,  
al hoyo desde el cual daré mis privilegios de león y nitrato  
a todas las raíces que me tiendan sus trenzas.

(...)

Que se apoyen en mí sembrados y viñedos,  
que me dediquen mosto las cepas por su origen.

(...)

Aquel barbecho lleno de inagotables besos,  
aquella cesta de uvas quiero tener encima  
cuando descanse al fin de esta faena.

(...)

No quiero que me entierren donde me han de enterrar.  
Haré un hoyo en el campo y esperaré a que venga  
la muerte en dirección a mi garganta» (pág. 297).

O también, del poema «Sonreídme»,

«Salté al monte de donde procedo,  
a las viñas donde halla tanta hermana mi sangre,  
a vuestra compañía de relativo barro.

(...)

Habrás que ver la tierra estercolada con las injustas sangres» (pág. 312).

F) Pero, poco a poco, Miguel Hernández va encontrando el lugar exacto en donde la naturaleza conecta con lo sagrado. El hombre –varón/mujer– es ese centro. En *Vientos del pueblo*, las formas interiores de Miguel van encontrando sus moldes exteriores, y paulatinamente se hace la armonía, como en «Elegía primera», dedicada a Lorca:

«Primo de las manzanas,  
no podrá con tu savia la carcoma,  
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,  
y para dar salud fiera a su poma  
elegirá tus huesos el manzano.

(...)

serás, mientras la tierra vaya y vuelva,  
esposo siempre de la siempreviva,  
estiércol padre de la madre selva» (pág. 324).

O en «Sentados sobre los muertos»:

«Y aquí estoy para morir,  
cuando la hora me llegue,  
en los veneros del pueblo  
desde ahora y desde siempre» (pág. 327).

El vientre de la mujer es nido de la vida, pero lo son también la sangre y la savia de la tierra. Él, con su palabra, puede unir todo ello y hacer que otros se unan:

«Canción del esposo soldado»:  
«He poblado tu vientre de amor y sementera,

(...)

Morena de altas torres, alta luz y altos ojos,  
esposa de mi piel, gran trago de mi vida» (pág. 359).

Posiblemente, el sentimiento panteísta puede tomar aquí también la forma de la solidaridad. El pueblo es, ahora, lo sagrado, y sumido/sumergido en él Miguel Hernández así lo percibe.

De «Al soldado internacional/caído en España»:  
«A través de tus huesos irán los olivares  
desplegando en la tierra sus más férreas raíces,  
abrazando a los hombres universal, fielmente» (pág. 346).

De «El niño yuntero»:  
«Y como raíz se hunde  
en la tierra lentamente  
para que la tierra inunde  
de paz y panes su frente.  
(...)

y su vivir ceniciento  
revuelve mi alma de encina» (pág. 331).

De «Vientos del pueblo me llevan»:  
«Vientos del pueblo me llevan,  
vientos del pueblo me arrastran,  
me esparcen el corazón  
y me avientan la garganta» (pág. 328).

G) Pero no es suficiente. El pueblo es, todavía, algo cambiante, semoviente. Lo sagrado se religa en zonas más oscuras, requiere lugares profundos para poder habitar.

En *El hombre acecha* y en las «ausencias» posteriores, lo expresa el poeta. Lo sagrado es el interior del hombre, el último recinto en donde se dan los deseos, los temores, las opciones y los rechazos. El ciclo vital, las fuerzas telúricas sólo adquieren –al final– sentido en el ser humano que, desde su interior, hace de todo ello algo significativo. Veámoslo en:

«El herido»:  
«Retoñarán aladas de savia sin otoño  
reliquias de mi cuerpo que pierdo a cada herida.  
Porque soy como el árbol talado, que retoño:  
porque aún tengo la vida» (pág. 395).

«Llamo a los poetas»:  
«Siempre fuimos nosotros sembradores de sangre.  
Por eso nos sentimos semejantes del trigo.  
(...)

Siendo de esa familia, somos la sal del aire» (pág. 404).

«Madre España»  
«Decir madre es decir “tierra que me ha parido”;  
es decir a los muertos: “hermanos, levantarse”;  
es sentir en la boca y escuchar bajo el suelo  
sangre.  
(...)

Tierra: tierra en la boca, y en el alma, y en todo.  
Tierra que voy comiendo, que al fin ha de tragarme.  
Con más fuerza que antes, volverás a parirme,  
madre» (pág. 408).

H) ¿Cómo no tener en cuenta el largo poema *Hijo de la luz y de la sombra*, dedicado al hijo de Miguel Hernández, y en el que el poeta aúna lo telúrico con el senti-

miento de la angustia? Y donde, nuevamente, lo telúrico nos conduce al vientre de la madre.

De *Hijo de la luz y de la sombra*:  
«Caudalosa mujer: en tu vientre me entierro.  
Tu caudaloso vientre será mi sepultura.  
(...)

Para siempre fundidos en el hijo quedamos:  
fundidos como anhelan nuestras ansias voraces» (pág. 439).

De «Orillas de tu vientre»:  
«Trágame, leve hoyo donde avanzo y me entierro.  
La losa que me cubra sea tu vientre leve,  
la madera tu carne, la bóveda, tu ombligo,  
la eternidad la orilla» (pág. 446).

l) Al final de su trayectoria, *Cancionero y romancero de ausencias* y *Poemas últimos*, Miguel Hernández se aleja del enfoque solidario con el pueblo, para, sin dejar la solidaridad, centrarse en el ser humano, y de manera cíclica, acompañado siempre por sus tres heridas, encaminarlo a la tierra-madre:

«Llegó con tres heridas  
la del amor,  
la de la muerte,  
la de la vida.  
(...)

Con tres heridas yo  
la de la vida,  
la de la muerte,  
la del amor» (pág. 466).

«Sigo en la sombra, lleno de luz: ¿existe el día?  
¿Esto es mi tumba o es mi bóveda materna?» (pág. 524).

El panteísmo elemental de *Perito en lunas*, o el sentimiento ingenuo de amor a la tierra de los primeros poemas se ha transformado, se ha adensado al encontrar un proceso de transformación que, mediante la escritura, se ha hecho consciente. La percepción de estar religado a lo sagrado ha cobrado profundidad. El verdadero Dios bíblico, el de la zarza, el del trueno o el de la brisa, se funde en la experiencia del poeta para amalgamar todo un mundo de sentimientos, de los que la naturaleza es, a la vez, fuente y cauce.

Y el interior del ser humano es el núcleo vital, el microespacio, la célula primordial que contiene en germen todas las demás estructuras de la naturaleza y que puede proyectarlas. Desde ese fondo, el hombre acecha todo lo que le amenaza, que no viene, precisamente, de la naturaleza, sino de la destrucción de la misma.

La violencia, el no-mundo, destruye el amor, el ciclo vital, la inexorable libertad con la que –nos decía Spinoza– la naturaleza realiza todos sus movimientos, para generar y hacer perdurable la vida.

Al final, será aquélla el único lugar donde se puedan superar todas las contradicciones entre amor y odio, opciones o desencuentros. La tierra, que acoge a todos, es así, el punto de encuentro, el momento nivelador, la superación de las diferencias. La expresión, ya, de la última unidad:

«Después del amor, la tierra.  
Después de la tierra, nadie» (pág. 513).

## BIBLIOGRAFÍA

- CANO BALLESTA, J.: *La poesía de Miguel Hernández*. Madrid, Gredos, 1963.
- CHEVALLIER, M.: *Los temas poéticos de Miguel Hernández*. Madrid, Siglo XXI.
- ELIADE, M.: *Historia de las religiones*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1990.
- GARDNER, MARTÍN: *Los porqués de un escriba*. Barcelona, Tusquets.
- HERNÁNDEZ, M.: *Obra poética completa*. Madrid, Alianza, 1982.
- RIQUELME POMARES, J.: *El teatro de Miguel Hernández*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990.
- SÁNCHEZ VIDAL, A.: (ed). *Miguel Hernández, Poesías Completas*. Madrid, Alianza, 1979.
- SPINOZA: *Ética*. 1677.
- SPENCER, H.: *Social Statics*. 1883, y *El individuo contra el Estado*. Barcelona, Obrís, 1984.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Spinoza desarrolla estas ideas sobre todo en su *Ética* (1677), en donde parte de la idea de un Dios como ser necesario en la creación, por ser tan material como espiritual.
- <sup>2</sup> «Cuando volvemos las hojas de la Historia de la Tierra, encontramos el mismo cambio que no cesa, que perpetuamente recomienza. Lo vemos por igual en lo orgánico y en lo inorgánico, en las descomposiciones y recombinaciones de la materia y en las formas en constante variación de la vida animal y vegetal». Este dinamismo interno de la materia lo desarrolla H. Spencer sobre todo en *Social Statics* (1833). La valoración del hombre como parte de la naturaleza, pero al mismo tiempo como participante de la sociedad como cuerpo en continuo cambio, puede verse en *El individuo contra el Estado* (Barcelona, 1984).
- <sup>3</sup> Marie Chevallier: *Los temas poéticos de Miguel Hernández*. Madrid, Siglo XXI, 1973.
- <sup>4</sup> Agustín Sánchez Vidal: Introducción y estudio (págs. IX-CLXVIII) a la edición de Miguel Hernández, *Poesías Completas*. Madrid, Aguilar, 1979.
- <sup>5</sup> Juan Cano Ballesta: *La poesía de Miguel Hernández*. Madrid, Gredos, 1963.  
Jesucristo Riquelme Pomares: *El teatro de Miguel Hernández*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990.
- <sup>6</sup> Mircea Eliade: *Historia de las religiones*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1990.
- <sup>7</sup> Miguel Hernández: *Obra poética completa*. Madrid, Alianza, 1982, pág. 548. Todas las citas de la poesía de Miguel Hernández están hechas sobre esta edición. En las siguientes, por tanto, sólo se citarán las páginas en el texto.
- <sup>8</sup> «La primavera es una resurrección de la vida universal y, por tanto, de la vida humana. Por este acto cósmico, todas las fuerzas creadoras recobran su vigor inicial. La vida se rehace integralmente; todo vuelve al empezar; en una palabra: se repite el acto primordial de la creación cósmica, porque toda generación es un nuevo nacimiento, una vuelta a aquel tiempo mítico en que, por primera vez, apareció la forma que se regenera».
- «Todo ello se explica si tenemos en cuenta que se trata de un mismo conjunto ritual: regeneración de la vegetación y regeneración del "año" (no olvidemos que, para muchos pueblos del antiguo Oriente el año empezaba el 1 de marzo)». Mircea Eliade, ob. cit., págs. 371 y 373.